Artículos

Jon Sobrino

Monseñor Romero y la Iglesia salvadoreña, un año después

RESUMEN

En este artículo se recuerda la figura y obra de Mons. Romero en su significado para la actual Iglesia salvadoreña. La tesis que se sustenta es que la Iglesia en parte está siguiendo la obra de Mons. Romero y en parte la está silenciando. Si quiere ser fiel a su misión evangélica e incidir positivamente en el país, la Iglesia debe mantener los principios cristianos en que Mons. Romero basó su actuación eclesial y social. De ahí que se analicen los principios del servicio de la Iglesia al país, de la construcción de la propia Iglesia y de la fidelidad a Dios como fundamento de ambos.

Este modo de conmemorar el primer aniversario del martirio de Mons. Romero parece el más adecuado desde un punto de vista cristiano, pues Mons. Romero seguirá presente si la Iglesia trata de proseguir su obra.

Aun año de su martirio queremos recordar a Mons. Romero concentrándonos en su significado para la Iglesia salvadoreña actual. Ya en un anterior artículo[1] ofrecimos un análisis teológico de la dimensión evangélica, eclesial y social de su figura y obra. Ahora lo queremos recordar porque la Iglesia le necesita, y sólo recordándolo mantendrá o volverá a encontrar su verdadero rumbo cristiano. Hay que estar claro desde el principio en el impacto que causó su martirio entre los cristianos y entre los hombres en general. Mons. Romero no es un muerto ausente, sino un mártir presente, a quienes unos pretenden seguir y otros silenciar. El pueblo lo recuerda, cumpliéndose la profecía que pronunció sin jactancia y con humildad: "si me matan resucitaré en el pueblo salvadoreño" (marzo, 1980). Su espíritu sigue vivo en la fe, en la esperanza y en la praxis del amor de muchos cristianos, cumpliéndose también su profecía: "Mi palabra, que es Cristo, quedará en los corazones que lo hayan querido acoger" (17.12.1978).

Pero tampoco se puede ignorar el movimiento a silenciar a Mons. Romero, ignorándolo o haciendo de él sólo un buen hombre con virtudes genéricas, pero sin aquéllas que le llevaron a enfrentarse con el pecado del país, a construir una vigorosa Iglesia y, en definitiva, al martirio. Los poderosos de la tierra no le citan en sus discursos ni usan sus principios para sus políticas. Algunos sectores eclesiásticos lo ignoran o lo silencian progresivamente en palabras y hechos.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

Por decirlo claramente, Mons. Romero se ha convertido en inspiración duradera para la Iglesia, pero también en problema para parte de la Iglesia, siguiendo en esto también el destino de Jesús. Después de pascua, unos salieron sin miedo del cenáculo dispuestos a obedecer a Dios antes que a los hombres, fieles hasta el final. Otros acallaron su memoria peligrosa, la redujeron al culto entusiástico, llegando algunos a decir "anatema es Jesús".

En esta concreta situación,la Iglesia y todos los cristianos debemos preguntarnos qué significa y qué debe significar recordar a Mons. Romero. No puede significar, ciertamente, un mero panegírico, pues los panegíricos se hacen a los muertos porque están ausentes y, a veces, para que estén ausentes. Jesús nos avisa incluso de panegiristas hipócritas que "edifican tumbas a los profetas y adornan los monumentos de los justos".

Desde un punto de vista cristiano 'recordar' significa otra cosa muy distinta, según el modelo más primigeniamente cristiano del memorial: "Hagan esto en conmemoración mía". Mons. Romero no necesita hoy panegíricos, sino seguidores. Para la Iglesia, recordar a Mons. Romero significa proseguir su obra. No podemos evidentemente absolutizar a Mons. Romero desde todo punto de vista, ni ignorar los cambios que se han operado en el país desde su asesinato, con las repercusiones también para la Iglesia. Pero aunque lo primero es cierto, su figura y obra siguen siendo momentos privilegiados del paso de Dios por El Salvador, y por ello mucho todavía tenemos que aprender de él. Y aunque lo segundo es también cierto, existe todavía abundante inspiración en su pensamiento y actuación para que pueda iluminar a la Iglesia en el presente.

Queremos recordar, por lo tanto, a Mons. Romero **desde** la Iglesia actual y **para** el mejor ser y hacer de la Iglesia actual. Nos concentraremos y analizaremos teológicamente algunos principios cristianos básicos que Mons. Romero historizó en su tiempo y que sigue siendo necesario historizarlos según su espíritu. Muchos de esos principios siguen estando presentes en grupos eclesiales, entre los agentes de pastoral cercanos al pueblo y su dolor, entre los perseguidos y mártires. Esto lo damos por supuesto, como el mejor homenaje a Mons. Romero. Pero nos fijaremos más en aquellos principios cristianos que hoy están en peligro y que parte de la Iglesia tiende a ignorar. De esta forma el recuerdo de Mons. Romero puede servir de humilde examen de conciencia, para rehacer lo que la Iglesia haya desandado, y también de motivación para proseguir su camino. Para ello dividiremos este trabajo en tres partes que tratan de la correcta relación de la Iglesia con el mundo, consigo misma y con su Dios:

1. El servicio de la Iglesia al país
2. La construcción de la Iglesia
3. La fidelidad de la Iglesia a Dios

1. El servicio de la Iglesia al país.

"La Iglesia están en el mundo para los hombres". (Segunda Carta Pastoral)

En tiempos difíciles la involución es una gran tentación para la Iglesia. En la actualidad no faltan quienes pretenden ante todo 'salvar a la Iglesia', buscar un espacio socio-político que le garantice el mínimo de paz y seguridad para su propia actividad. Por ello hay que recordar el principio que Mons. Romero enunció a partir del Vaticano II: la Iglesia está para servir a los hombres, no para servirse a ella misma, ni menos para que los hombres la sirvan a ella.

Dicho en forma sistemática, Mons. Romero recordó que la esencia de la Iglesia es constitutivamente relacional, y que el contenido de esa relación es el servicio.

El mérito de Mons. Romero estuvo en haber mantenido consecuentemente este principio en presencia de la dificultad de historizarlo. Dificultad es superar la concupiscencia, que afecta a todas las personas, a todos los grupos humanos y también a la Iglesia, a servir al 'otro'. Y dificultad es superar las consecuencias históricas de ese servicio que se traduce en sensación de no saber, riesgo, conflicto y persecución.

Mons. Romero creyó además que la pura involución es imposible y que una Iglesia que pretende sólo servirse a sí misma estará de hecho sirviendo a los poderosos de este mundo, estará defendiendo el status quo. La actual tendencia involutiva de la Iglesia salvadoreña se tratará de justificar afirmando que salvando a la Iglesia mejor servirá ésta al país a la larga; que incluso en las actuales circunstancias mejor podrá la Iglesia ayudar a aliviar ciertas necesidades humanas. Pero el precio a pagar será alto. El pueblo percibirá que la Iglesia no está a su servicio; la condición para encontrar un espacio para la Igle-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

sia será pactar de alguna forma con quienes pueden garantizarlo; y la consecuencia será encontrarse no en un lugar aparentemente neutral, sino con aquellos que menos sirven al pueblo.

Involución de la Iglesia significa entonces no sólo no servir al país, sino servirle mal. Y con ello se hace además un mal servicio a la Iglesia misma. Cuando se invierte la relacionalidad constitutiva de la Iglesia, entonces se vician también otras realidades específicamente suyas: su misión evangelizadora, su unidad interna como cuerpo, su necesaria credibilidad, etc. Ocurre lo que se profetiza en el evangelio: "Quien busca su vida la pierde".

Por ello es importante recordar lo que para Mons. Romero significó servicio eclesial al país, tanto en la formalidad de que la Iglesia se salga de sí misma, como en el contenido de los servicios concretos. Enumeremos los principios fundamentales del servicio de la Iglesia al país.

1.1 La parcialidad original: la encarnación en el dolor de los pobres.

> "De ese mundo de los pobres decimos que es la clave para comprender la fe cristiana, la actuación de la Iglesia y la dimensión política de esa fe y de esa actuación eclesial. Los pobres son los que nos dicen qué es el mundo y cuál es el servicio eclesial al mundo" (Discurso de Lovaina).

La encarnación en el dolor de los pobres no es propiamente un primer servicio eclesial al país, sino el fundamento de todos sus servicios. Esa encarnación es la que tiene capacidad de hacer superar a la Iglesia su concupiscencia a autoservirse, la que dará la dirección correcta a los diferentes servicios eclesiales y la que posibilitará poner la totalidad de la Iglesia con sus estructuras típicas al servicio del país. Esa encarnación es, por lo tanto, la que capacita a la Iglesia para servir y para servir bien al país. La llamamos parcialidad original porque sólo desde la perspectiva concreta del dolor de los pobres se origina servicio y buen servicio al país.

1.1.1 Mons. Romero comprendió que para la Iglesia no es nada evidente afirmar que su esencia consiste en servir al mundo. Desde un punto de vista puramente de ortodoxia esto podría ser aceptado como una de tantas verdades que la Iglesia propone para creer. Pero desde un punto de vista de ortopraxis esa aceptación supone no sólo un cambio noético, sino una conversión.

Es una verdad cristiana muy tradicional que sólo la cruz de Cristo nos concede la gracia de la conversión, el cambio real en nosotros y contra nosotros mismos. Mons. Romero vio en los pobres la presencia actual de esa cruz de Cristo y que por ello pueden poner en movimiento la conversión de la Iglesia. Vio en los pobres el producto del pecado, aquello de lo que debe convertirse

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

la Iglesia. Vio en el dolor de los pobres el lugar desde el cual puede convertirse la Iglesia. Y vio en la liberación de los pobres aquello que debía hacer la Iglesia. En todo ello vio el primer paso necesario para su Iglesia.

"En este mundo sin rostro humano, sacramento actual del siervo sufriente de Jahvé, ha procurado encarnarse la Iglesia de mi Arquidiócesis" (**ibid.**).

Los pobres son hoy también quienes pueden mover a la Iglesia a una conversión, a poner la servicialidad al mundo como la esencia de la Iglesia, y a dar la dirección fundamental a ese servicio. En este único movimiento, que es a la vez conversión desde los pobres y disponibilidad de servicio a los pobres, está la parcialidad original insustituible que puede poner en movimiento la servicialidad de la Iglesia. Pero para ello hace falta, naturalmente, encarnarse en el dolor de los pobres.

1.1.2 En la actual situación de El Salvador incluso el término 'pobre', 'oprimido', 'marginado', es insuficiente para comunicar el dolor del pueblo. En su tiempo Mons. Romero describió la situación del país como "el imperio del infierno", y desde entonces ésta ha llegado a límites de abominación. El pueblo salvadoreño aparece hoy en su conjunto como el siervo de Jahvé despreciado, vejado, indefenso, triturado y martirizado, que no ve fin a su dolor. Recordemos uno de tantos textos que ponen calor humano a los números de las estadísticas:

"Tenemos que recordar los rostros de madres y esposas que van de cárcel en cárcel buscando a hijos y esposos desaparecidos y cuya última esperanza es encontrar sus cadáveres en cementerios clandestinos. Tenemos que recordar los cadáveres botados en carros de la basura, los cadáveres decapitados, con los miembros amputados, desollados. Tenemos que recordar a los campesinos que durante meses duermen en el monte por temor a que llegue la guardia. A los campesinos que huyen despavoridos de sus cantones y son perseguidos y ametrallados desde helicópteros. A los campesinos del río Sumpul que tienen que elegir entre morir ametrallados por la guardia o ahogarse en el río o vivir en increíble miseria si logran atravesar la frontera"[2].

Este es el lugar de la Iglesia, en el que se decidirá a servir y aprenderá cómo tiene que servir al país. En un sentido el primer servicio de la Iglesia al país hoy es dolerse con el dolor del pueblo y no poner límites a ese dolor, hacer de ese dolor del pueblo el lugar permanente y duradero de encarnación y conversión.

Mantenerse a la larga en el dolor del pueblo no es fácil. Cierto es que raro será el hombre de buena voluntad que no se estremezca ante la actual situación y no desee que se le ponga fin. Pero tampoco es infrecuente hacer pasar ese dolor de manera eficaz a un segundo plano. Para unos serán más importantes sus intereses vitales y geopolíticos, otros se concentrarán más en los

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

conflictos ideológicos que lo generan, otros se precipitarán a buscar una solución para el país, otros dirán implícita o explícitamente que, aunque grave es el dolor del pueblo, pudieran ocurrir peores cosas como un triunfo de la izquierda.

A la Iglesia le toca en primer lugar mantenerse en el dolor, no trivializarlo ni hacerlo pasar a segundo plano. Incluso en su interés por buscar soluciones no debe perderlo de vista precisamente para que la solución buscada sea más cristiana. Por decirlo brevemente, nada hay en la Iglesia, ni estructuras, ni doctrina que pueda sustituir al **misereor super turbas** —tengo compasión de la gente—, de Jesús como fundamento de la misión. Si la Iglesia no se encarna en el dolor del pueblo, si, como Jesús, no pone su tienda entre los hombres que sufren y mora entre ellos, vanos serán sus intentos de servir al país.

En todo esto Mons. Romero debe seguir presente. El se encarnó en el dolor del pueblo y habitó en él hasta el final. Hizo de ese dolor algo último, mediación de la ultimidad de Dios. Por ello decía sin ningún matiz rutinario que los pobres tocan el corazón de Dios y que los clamores del pueblo suben hasta Dios. Por hacer de ese dolor algo último, fue también lo primero que tuvo en cuenta al planificar la misión de la Iglesia y su servicio al país.

1.1.3 Esa parcialidad original descrita hace que el peso institucional de la Iglesia —a través de su doctrina, su autoridad moral, su poder social— sea realmente servicial. Sin ella, el peso de la Iglesia deja de ser servicial, a pesar o en contra de sus intenciones. Así lo vió Mons. Romero. Fue consciente del influjo de la Iglesia institucional a través de esos medios. Pero vio en ellos una ambigüedad que sólo podía ser resuelta desde el dolor de los pobres. En los medios que tiene la Iglesia para el servicio hay algo específicamente cristiano, y por ello salvífico, y algo puramente natural, y por ello sujeto también a la pecaminosidad. La dialéctica entre ambas dimensiones sólo se mantiene cristianamente desde el dolor de los pobres.

Mons. Romero creyó que la Iglesia debe servir al país con la orientación doctrinal, pero en la medida en que la doctrina es encarnación de la verdad. Doctrina y verdad son ambas necesarias, pero no idénticas. Lo más originariamente cristiano es la verdad, de la cual la doctrina es una necesaria encarnación histórica. Mons. Romero vio que sin la parcialidad original la doctrina va paulatinamente cobrando autonomía y desligándose de la exigencia de la verdad, dejando a veces de ser vehículo apropiado de la verdad. Así ocurre que lo ya sabido, lo ya formulado ocupa el lugar de la verdad de Dios, siempre nueva y actual. De esa forma el servicio de la Iglesia se va vaciando y el pueblo no se siente orientado.

Lo mismo ocurre con la autoridad. Al interior de la Iglesia, pero también de cara al país, la Iglesia institucional puede suponer una fuerza moral de liderazgo. Cuando éste se ejerce desde la parcialidad original aglutina a los cristianos y al mismo pueblo. Pero sin aquélla el liderazgo pierde su capacidad de aglutinar, la autoridad se torna en imposición, y sus directrices apenas si llegan a ser conocidas por el pueblo y los cristianos.

Lo mismo ocurre con el poder de la Iglesia. Desde la parcialidad original ese poder se torna en poder social, que se manifestará en la denuncia profética, en mantener la esperanza del pueblo.

Será un poder en servicio del pueblo, y el mismo pueblo se sentirá protegido. Pero sin aquélla el poder de la Iglesia se reducirá a los tradicionales diálogos con los poderosos para lograr algunos favores inmediatos, también en favor de los pobres, pero al precio de que el poder de la Iglesia sea domesticado por los poderosos, quedándose la Iglesia sin un poder real.

Mons. Romero vio que sin la parcialidad original la dialéctica de los medios de la Iglesia se rompe en favor de lo menos originalmente cristiano. La verdad es sustituida por la doctrina, el liderazgo por el autoritarismo, el servicio por la concesión de favores. Lo que hace a la Iglesia verdaderamente servicial a través de su realidad específica es encarnarse en el dolor de los pobres. Este es el sentido de la cita aducida al comienzo de este apartado. En esto la Iglesia actual debe seguir a Mons. Romero.

1.2 La defensa de los pobres: la denuncia profética.

> "No podemos callar, queridos hermanos, como Iglesia profética, en un país tan corrompido, tan injusto" (8.7.1979).

Del contacto con el dolor de los pobres se deriva para la Iglesia la exigencia de la denuncia profética como primer servicio al país. Mons. Romero llevó a cabo esa exigencia de forma que asombró al mundo entero. Después de su muerte

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

la denuncia profética ha seguido resonando en la YSAX, en Orientación, en los comunicados del Socorro Jurídico del Arzobispado, de la UCA, de la CONFRES y de la CONIP. Mons. Rivera ha hecho varias denuncias, sobre todo en el comunicado del 5 de diciembre de 1980 ante el asesinato de las tres religiosas y la promotora social norteamericana y el desaparecimiento de dos sacerdotes salvadoreños.

Pero en su conjunto, la denuncia profética ha ido languideciendo y ha desaparecido prácticamente de la Iglesia institucional. La Conferencia Episcopal, en situaciones tan sumamente graves, no tiene un sólo texto profético. Las homilías dominicales de Catedral van reduciendo la denuncia a juicios éticos sobre los hechos de la semana, pero sin la claridad, la mordiente y en último término la parcialidad proféticas. Además, en la Carta Pastoral del 15 de septiembre del año pasado, firmada por todos los obispos, se propone prácticamente la desaparición de la denuncia profética. En una clara alusión a Mons. Romero se dice que la denuncia nunca debe ser obsesiva ni unilateral, es decir, que no debe ser profética, ni tal como la realizó Mons. Romero.

La denuncia profética está languideciendo y se echa de menos a Mons. Romero. Cierto es que no se puede presuponer la aparición, individual o colectiva, de un profeta de su talla. Pero no se debe aceptar ni menos bendecir la desaparición de la denuncia profética. Hoy precisamente es más necesaria que nunca porque los hechos abominables han aumentado en cantidad, crueldad y planificación, y porque hoy más que nunca el pueblo salvadoreño se ha quedado sin palabra propia por el control de los medios de comunicación y por la inutilización eficaz —por medio de intimidación o del terror— de otros medios que antes denunciaban. Recordemos por ello lo esencial de la denuncia profética de Mons. Romero.[3]

Conviene recordar en primer lugar que no se convirtió en profeta por pura fidelidad formal a lo que la Iglesia tiene de 'profética'. Se convirtió en profeta por la obediencia a la misteriosa llamada de Dios y —lo que en estos momentos nos interesa recalcar— porque se puso en el lugar donde el dolor de los hombres, la injusticia y la abominación fuerza a tomar la palabra. Se puso en el lugar donde "no podemos callar". No fue pues su actividad profética, fruto de una noble decisión suya, pero puramente subjetiva y arbitraria, sino fruto de la exigencia de una realidad objetiva, de los clamores de la realidad en donde se escucha la palabra profética por excelencia: el incondicional 'no' de Dios al mundo de pecado.

Por ponerse en ese y no en otro lugar compartió Mons. Romero la visión de los profetas sobre la realidad. Reconoció que el primer y fundamental pecado consiste en la opresión mayoritaria de la sociedad por una minoría opresora, que llega hasta quitar la vida de los pobres. Comprendió que esa sociedad se encuentra dividida en dos grupos fundamentales: los acaparadores, a quienes Dios fustiga, y los desvalidos a quienes Dios llama "mi pueblo". Comprendió que los responsables últimos de esta situación son los que acaparando dejan sin nada a las mayorías, y también todos aquellos que hacen causa común con los explotadores, proporcionándoles apoyo armado, legislación favorable, plumas vendidas e incluso una religión encubridora.

No podemos detallar ahora los contenidos de su denuncia, pero sí podemos recordar el talante de su denuncia, que hizo de aquélla, verdadera denuncia profética.

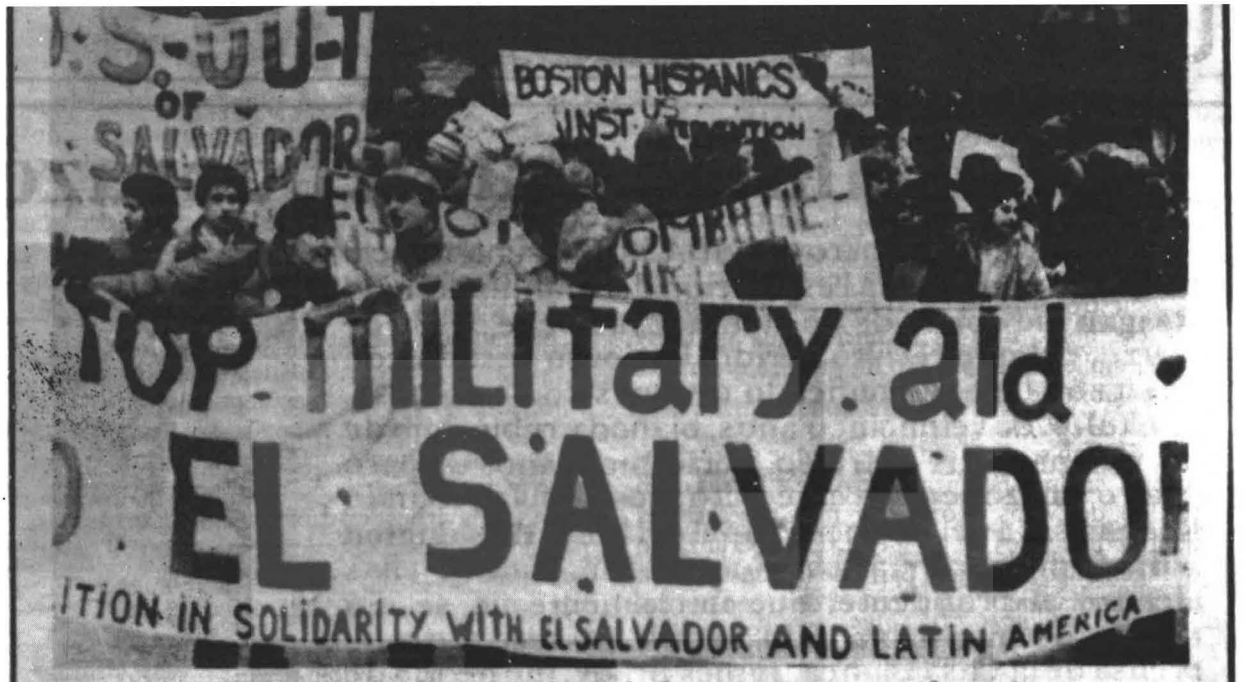
1) Su denuncia fue **parcial** como toda denuncia profética. Esto significa objetivamente que se concentró en denunciar el pecado fundamental de la injusticia, aunque como pastor denunciase también otros pecados.

Subjetivamente significa que juzgó de ese pecado no desde un hipotético centro, sino desde los oprimidos, aprendiendo desde ellos las formas concretas que iba tomando el pecado fundamental.

2) Su denuncia fue **clara y vigorosa.** No sólo denunció el pecado fundamental, sino sus responsables fundamentales. Evitó denunciar todo y a todos por igual, de modo que nadie se sintiera denunciado. El pueblo captó cuál era el pecado fundamental y quiénes sus responsables directos. Denunció en directo a la oligarquía, y a quienes eficazmente, más allá de sus intenciones, la apoyan, o no apoyan una sociedad suficientemente antioligárquica: ejército y cuerpos de seguridad, políticos —militares y demócrata cristianos—, intervencionistas norteamericanos, medios de comunicación social, legisladores y administradores de justicia, sacerdotes y religiosos —considerados por él como minoría— encubridores de la situación.

3) Su denuncia fue **proporcionada,** de acuerdo al grado de injusticia cometida. Por ello no fue igual su denuncia a la derecha y a la izquier-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"



Mientras en Boston —USA—, en una de las mayores manifestaciones que se recuerdan en la ciudad, miles de personas clamaban contra la ayuda norteamericana a la Junta salvadoreña, en muchos países de Europa se celebraban actos y liturgias conmemorativas del primer aniversario del asesinato de Mons. Romero y el Papa tuvo especiales referencias al arzobispo.

da. De ésta denunció la violencia social excesiva, los secuestros y los asesinatos de inocentes. En esto fue también profeta contra la izquierda, pero mantuvo la proporción. En la misma denuncia comunicó Mons. Romero el grado de condena. No es lo mismo una matanza o bombardeos a la población civil que un ajusticiamiento, aunque ambos son condenables. No es lo mismo la tortura que la quema de buses. No es lo mismo la profanación de una Iglesia que la toma y ocupación de templos.

Su clara denuncia a la izquierda fue siempre acompañada de dos principios esclarecedores que hacían de su denuncia total algo proporcionado: es más grave la violencia originante que la violencia de respuesta, es más numerosa, cruel y sistemática la injusticia de la derecha que la de la izquierda.

4) Su denuncia fue por último **constante** no por obsesión subjetiva, como algunos le achacaron, sino porque los hechos abominables eran constantes y crecientes, y porque a la Iglesia le tocó —en medio del silencio de los medios de comunicación y de los administradores de la justicia— ser voz de los sin voz. "Dichosa se sentirá la Iglesia —decía Mons. Romero— si mañana en un orden más justo ella no tiene que denunciar tantas injusticias" (23.9.1979). Pero mientras éste no llegue la Iglesia debe seguir en su denuncia profética.

Este tipo de profecía fue un servicio de Mons. Romero al país y por ello la Iglesia debe mantenerlo. Es necesario que la Iglesia diga también hoy: "En nombre de Dios, cese la represión" y siga fustigando la injusticia. Indudablemente la situación actual ha hecho sumamente peligrosa la denuncia profética. Decir la verdad en nombre de Dios nunca ha sido fácil, como también lo entendió Mons. Romero: "Si es verdadera palabra de Dios lleva algo explosivo y no muchos la quieren llevar". Pero no hay que confundir la dificultad de la profecía con el principio de la necesidad, como si la Iglesia hubiese encontrado un mejor camino para suplir la denuncia profética. Esta sigue siendo necesaria para que el pueblo se sienta defendido, para contrarrestar a los falsos profetas y para conseguir el apoyo de instituciones y organismos internaciones que fuercen a detener la actual barbarie.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

1.3 La consolación de los pobres: mantener la esperanza.

"Verán, queridos pobres, queridos oprimidos, queridos marginados, queridos hambrientos, queridos enfermos, que ya está fulgurando la aurora de la resurrección. Para nuestro propio pueblo también ha de llegar esa hora. Esta es la misión que yo estoy cumpliendo. Y por eso mi palabra quiere ser palabra de esperanza y de fe en Jesucristo" (11.11.1979).

Es gran servicio a un pueblo que sufre mantenerlo en la esperanza. Esto fue necesario en tiempo de Mons. Romero y más necesario es ahora como tarea de la Iglesia. La esperanza no es ingenuidad, sino que parte de la constatación de la miseria real. "Aquí todo es destrozo, un desastre; y negarlo es ser loco" (7.1.1979). Y la Iglesia actual debe comenzar por ahí, ahondando y no pasando por alto el inmenso dolor del pueblo, como decíamos antes. Pero, como Iglesia, debe repetir también lo que dijo Mons. Romero:

"Lleno de esperanza y de fe, no sólo con una fe divina, sino con una fe humana, creyendo también en los hombres digo: ¡Sí hay salida!" (18.2.1979).

La Iglesia debe hoy mantener la esperanza del pueblo sufriente, del mismo modo como lo hizo Mons. Romero: desde su fe transcendente en Dios y desde su fe en el pueblo salvadoreño.

1.3.1 Mons. Romero hizo dos afirmaciones **transcendentes**, provenientes de su fe, con las que mantuvo la esperanza del pueblo:[1] Dios es el liberador de los pobres, y [2] el sufrimiento del pueblo es salvífico. Ninguna de estas afirmaciones son evidentes en sí mismas, son afirmaciones de fe. Pero se mostraron reales en la medida en que generaron esperanza histórica en los pobres y en los que sufren.

Mons. Romero creyó que Dios es el garante y defensor de los pobres, que quiere y realiza su liberación. Por esa fe dio 'ultimidad' a la esperanza del pueblo y pudo pronunciar su conocida frase: "El grito de liberación de este pueblo es un clamor que sube hasta Dios y que ya nada ni nadie lo puede detener" (27.1.1980).

Creyó también desde su fe que el dolor del pueblo es salvador, que Dios lo recoge y transforma en salvación histórica. Viendo a su pueblo como otro siervo sufriente de Jahvé, y por esa razón, dijo:

"Estoy seguro de que tanta sangre derramada y tanto dolor causado a los familiares de tantas víctimas no serán en vano. Es sangre y dolor que regará y fecundará nuevas y cada vez más numerosas semillas de salvadoreños que tomarán conciencia de la responsabilidad que tienen de construir una sociedad más justa y humana, y que fructificará en las reformas estructurales audaces, urgentes y radicales que necesita nuestra patria" (27.1.1980).

La esperanza personal de Mons. Romero generó esperanza histórica en el pueblo, influyó en la conciencia colectiva del país para llevarlo de la resignación a la consecución de su destino. Cómo logró Mons. Romero que su esperanza transcendente se convirtiese en esperanza histórica es algo que no se puede ulteriormente analizar, sino constatar. De hecho consiguió que el pueblo recobrase su conciencia de dignidad, al decirle que su vida y su muerte eran recogidas por Dios de forma especial y privilegiada. Les dijo a los pobres y oprimidos que la salvación pasaba por ellos, porque ellos mostraban lo que había que superar y porque sin ellos no se garantizaba una solución justa al país. Y les dijo que había que mantener la esperanza porque ésta, en cuanto tal, no estaba garantizada en puros cálculos humanos, sino en la ultimidad de Dios.

1.3.2 Pero además Mons. Romero tuvo esperanza porque creyó en las capacidades del pueblo, y al tener esa esperanza la comunicó al pueblo. Lo hizo sin idealismos ni simplismos, conociendo las virtudes y los defectos del pueblo, pero terminando eficazmente con la comprensión de que el pueblo sólo puede ser sujeto pasivo de los beneficios que vengan de arriba.

El modo más real de comunicar esa esperanza consistió en su apoyo a la organización del pueblo. Este apoyo pudiera ser visto como la defensa de un derecho natural, que le debe ser concedido al pueblo por ello mismo, o más de fondo como el impulso a que el mismo pueblo desarrolle sus propias virtualidades y capacidades. Mons. Romero defendió lo primero que injustamente se le negaba al pueblo, pero fomentó sobre todo lo segundo. De ahí que viese a las organizaciones populares como modo de aunar esfuerzos, y por ello, siguiendo a Medellín, alentase y favoreciese su existencia.

El presupuesto de ese impulso a las organizaciones es que Mons. Romero creía en lo popular y en los valores populares. No hizo de lo popular lo único valioso en el pueblo salvadoreño, pues veía otros aportes en partidos e instituciones

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

de corte más tradicional. Ni hizo de lo popular algo automáticamente puro e incontaminado, sino algo que se debía purificar siempre y cultivar en sus mejores valores. Pero el hecho fundamental quedó claro. Existe en lo popular algo insustituible para el bien de todo el país, sin lo cual las antiguas fórmulas —partidos políticos, elecciones etc.— no pueden funcionar. Y existe en lo popular una capacidad para generar un proceso político favorable a todo el país. Ese tener en cuenta realmente a lo que hay de verdaderamente popular en el pueblo, ese exigir al pueblo a que trabajase realmente como pueblo y en base a sus mecanismos populares es lo que mantuvo históricamente la esperanza en el pueblo. La exigencia al pueblo fue el modo práxico de que éste recobrase su dignidad y así la esperanza.

1.3.3 En el presente sigue siendo muy importante que la Iglesia mantenga la esperanza en el pueblo, no sólo afirmando que puede haber solución **para** el pueblo, sino que gran parte de la solución puede surgir **del** mismo pueblo.

Esto debe hacerlo en el actual contexto del país. Del lado popular hay quienes mantienen la euforia y la expectativa de una pronta y total liberación, basadas en los cálculos de su capacidad militar y política o también en dogmatismo. Hay quienes piensan más en la supervivencia, y de ahí su acomodo y adaptación a las actuales circunstancias y su no participación en el proceso. Del otro lado están quienes buscan una solución para el país al margen del pueblo; quizás prediquen esperanza para el pueblo, pero no toman a éste en cuenta, en cuanto pueblo, para encontrar la solución.

En esta situación la Iglesia debe mantener, al modo de Iglesia y no de partido y organización política, la esperanza del pueblo. Para ello deberá recordar los principios de Mons. Romero.

1) La Iglesia no debe confundir la esperanza con la euforia ni menos con la euforia dogmática. Pero aún menos debe confundir la esperanza con la actual resignación de buena parte de la población. Deberá tener comprensión con una población aterrorizada que busca su propia supervivencia. Pero en principio no deberá ver en la apoliticidad un signo de esperanza. Más bien deberá repetir con Mons. Romero que todos "actúen en favor de la justicia con los medios de que disponen y no sigan pasivos por temor a los sacrificios y a los riesgos" (20.1.1980).

Si éstos existen, la Iglesia no debe bendecir simplemente la pasividad política, sino exigir de los gobernantes que abran el espacio político para que el pueblo se pueda expresar políticamente y tal como él desea hacerlo.

2) La Iglesia no debe confundir la esperanza para el pueblo con la esperanza del pueblo. En principio muchos afirman estar interesados en lo primero: la Junta de Gobierno, las fuerzas armadas y el gobierno de los Estados Unidos. También el Frente Democrático Revolucionario, la Internacional Socialista y varios otros países quieren presentar una esperanza para el pueblo. Lo que debe hacer la Iglesia es propiciar aquella solución, que en buena parte tendrá que venir de arriba, es decir, de decisiones que no ha hecho el mismo pueblo, pero que responda realmente mejor a lo que es la esperanza del pueblo.

3) La Iglesia debe recordar la esperanza que surge de tanta sangre derramada, no como modo de dulcificar la tragedia del país, sino para devolver dignidad a los muertos y mostrar que no murieron en vano. La mayoría de los muertos en El Salvador no son fruto de enfrentamientos militares, sino inocentes asesinados. Hay que recordar con Mons. Romero que es sangre de inocentes la que se derrama, sangre de un pueblo crucificado como Cristo.

Este recordatorio es un gran servicio de la Iglesia al país en presencia de la tergiversación sistemática de esas muertes, como si fuesen terroristas y delicuentes. Declarar tanta sangre derramada, sangre de mártires inocentes, es la forma que tiene la Iglesia de devolver la dignidad, y con ello la esperanza, a este pueblo crucificado.

4) Por último la Iglesia debe recordar el valor salvífico de esa sangre. Ella es, como decía Mons. Romero, "la más elocuente de las palabras" (21.6.1979), y por ello último servicio a la verdad. Y ella es la que desenmascara constantemente las falsas soluciones, la que está forzando a buscar objetivamente soluciones para el país. Así lo vió Mons. Romero a propósito de la anunciada reforma agraria. Esta "es una conquista que el pueblo ha merecido con su sangre derramada" (19.12.1979). No es hora de comentar la verdad de la reforma agraria sino de recordar que es la sangre del pueblo la que ha puesto en movimiento el actual proceso de liberación. Sea lo que sea aquello que se logre, habrá sido el pueblo el principal artífice de los logros.

Hablar hoy de esperanza puede parecer locura o idealismo. Pero la Iglesia debe hacerlo como servicio al pueblo. Sin confundir la esperanza con la euforia o la resignación, debe creer como

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

Mons. Romero que Dios quiere salvar a los pobres, que ellos sean los principales protagonistas de su salvación. Esta fe puede parecer locura, pero cuando existe, el pueblo se siente alentado; y cuando no existe el pueblo cae en la inactividad y la resignación.

1.4 El apoyo a un proyecto político popular.

> "A la Iglesia no le corresponde identificarse con uno u otro proyecto, ni ser líder de un proceso eminentemente político. A ella solamente le toca promover evangélicamente al hombre, y desde allí procurar la promoción del hombre, aun en esta tierra, trabajando, inspirando para que las estructuras mismas favorezcan esta promoción integral del hombre" (20.1.1980).

Los anteriores servicios de la Iglesia al país provienen directamente de las raíces cristianas de su fe y son previos en cierto modo a toda opción ideológica o política. Sin embargo, las esperanzas de los pueblos se concretizan históricamente en proyectos políticos. La Iglesia no puede permanecer al margen de ellos porque son mediaciones concretas para que una sociedad se acerque o se aleje del reino de Dios.

1.4.1 Mons. Romero aceptó la obligación de la Iglesia de iluminar pastoralmente los diversos proyectos políticos del país, de favorecer los elementos positivos que se encontrasen en cualquiera de ellos, y de dar un juicio global sobre cuál de ellos mejor parece favorecer el reino de Dios. Sin identificarse con ninguno de ellos dio el siguiente juicio sobre los tres proyectos políticos vigentes en su tiempo y que no han cambiado sustancialmente.

Al proyecto de la oligarquía lo llamó simplemente pecado. Al proyecto de la Junta militar y demócrata cristiana lo caracterizó como un proyecto de reformas con represión, en el que mucho más se notaba ésta que aquéllas. Aunque se denominase a sí mismo como antioligárquico, lo denunció como antipopular, y afirmó que los intereses de la oligarquía estaban infiltrados en el gobierno, y por ello éste se estaba derechizando con relación a la proclama del 15 de octubre. Del proyecto popular declaró que era el que le proporcionaba más esperanzas, por la unidad que iba creando entre el pueblo y por los planes de gobierno en favor del pueblo. Con frecuencia criticó muchas de sus acciones, pero lo hizo por que veía capacidad de mejorar el proyecto.

No sabemos qué hubiese dicho Mons. Romero de los proyectos políticos tal como se han ido desarrollando en la actualidad. Pero no es difícil de inferir algunos elementos de su juicio. En nada hubiese cambiado su juicio sobre el proyecto oligárquico. Del proyecto de la Junta hubiese denunciado ante todo la increíble represión en que ha sumido al pueblo, al no poder o no querer controlar el gobierno a los cuerpos armados y a las bandas derechistas. Esta condena hubiese sido el principal elemento de juicio sobre el proyecto de la Junta. Hubiese denunciado además el absoluto control de la información, la anulación de todo espacio político por los decretos y el temor impuesto, la subordinación del país a los intereses de los Estados Unidos, el anuncio de elecciones sin posibilidades reales de que el pueblo pueda expresarse en ellas. Hubiese repetido la importancia de las reformas anunciadas, pero hubiese exigido decisión real de llevarlas a cabo y sobre todo el que no fuesen acompañadas por la represión.

Del proyecto popular hubiese repetido y alabado su mayor representatividad popular, la generosidad en la entrega, la madurez del plan de gobierno y ciertos logros en la unidad. Hubiese seguido condenando también los sectarismos y

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

dogmatismos, la absolutización de lo militar con el abandono del cultivo social del pueblo, los excesos en la violencia y las muertes que no son mero producto de enfrentamientos armados, con lo que también aterran a sectores de la población y pierden simpatías entre ellos.

En cualquier caso no creemos que Mons. Romero hubiese apoyado a la actual Junta, como mejor solución para el país, sobre todo por el fenómeno de la represión masiva al pueblo. Y habría mantenido que los elementos fundamentales del proyecto popular siguen siendo insustituibles para que pueda existir una solución justa y duradera para el país.

1.4.2 En la actualidad muchos cristianos y agentes de pastoral más apoyan el proyecto popular que el de la Junta, a veces sin suficiente crítica, a veces con crítica lúcida. Al nivel de la Iglesia institucional, sin embargo, la opción ha variado. La jerarquía de la Arquidiócesis ha manifestado a veces que sin la izquierda no hay solución para el país, otras veces adopta una postura neutra y otras favorece las intenciones, al menos, de la actual Junta. Este vaivén de opiniones ha causado confusión entre el pueblo. Este cree cada vez más que la jerarquía de la Arquidiócesis en definitiva más está con la Junta que con el proyecto popular, aunque últimamente, parece inclinarse hacia la negociación propuesta por el FDR. En cualquier caso, la ambigüedad de la Arquidiócesis en este punto fundamental, sea por un estado de auténtica duda, por falta de compromiso histórico o por apelar de buena fe a una neutralidad evangélica, está produciendo pobres resultados pastorales, más como desconcierto que como orientación, y está haciendo disminuir la autoridad moral de la Iglesia y su influjo social en la globalidad del proceso histórico. En esta situación conviene recordar los principios de Mons. Romero sobre la toma de postura de la Iglesia hacia los diversos proyectos políticos.

1) La Iglesia debe apoyar como mejor éticamente, e incluso como más viable políticamente, un proyecto que favorezca a las mayorías pobres, les garantice una justicia y paz duraderas, y que por otra parte sea protagonizado en buena medida por esas mismas mayorías. Lo primero es evidente en su formulación, aunque en la práctica no se acepte tan fácilmente. Lo segundo es más difícil de aceptar incluso como principio. Mons. Romero sin embargo insistió en ello pues de otra forma no veía solución para el país. Sin analizar el significado técnico de lo que significa protagonismo popular del proceso, apuntó claramente al contenido:

> "Creo que un gobierno sin base del pueblo no es gobierno del pueblo; por tanto, si quiere ser eficaz, tiene que tener esa base, tiene que buscarla. Un gobierno que introduzca reformas que beneficien al pueblo debe contar con bases populares porque el pueblo no verá como su liberación algo que se le da, algo que se le impone. Tampoco debe sentir el gobierno como algo que da sino algo que ayuda al proceso que el pueblo va construyendo" (19.3.1980).

2) La Iglesia debe apoyar un proyecto político que sea mejor objetivamente para los pobres, sin dejarse guiar por prejuicios ideológicos, con lo cual ya se hubiese decidido lo que se debe y no se debe aceptar. En la actual situación esto significa que la Iglesia no debe apoyar **a priori** un proyecto por llevar la ideología demócrata cristiana ni rechazar **a priori** un proyecto basado en ideologías de izquierda. En cualquier caso debe juzgar sobre méritos objetivos. Esa objetividad debe llevarla además a analizar cuidadosamente lo que se entiende por 'izquierda' que en el caso concreto de El Salvador contiene elementos dispares, tales como una diversa gama de marxismos, una buena dosis de fe cristiana, otra dosis de racionalidad política y en cualquier caso una gran dosis del radicalismo que ha generado la situación de miseria y opresión. La misma objetividad debe llevarla a desenmascarar la campaña internacional que quiere desprestigiar el proyecto popular por ser de izquierda y a adecuar ésta con terrorismo y subversión.

Mons. Romero no se dejó llevar por prejuicios ideológicos. Trató de conocer a sus diversos líderes, sus intenciones y sus hechos, y juzgarlos por ellos. Y más de fondo no le asustaron las ideologías patrocinadoras de los procesos, sino sus resultados objetivos:

> "Los procesos de los pueblos son muy originales. No podemos decir que hay un "cliché" de pasar de capitalismo a socialismo. Si se le quiere llamar socialismo, pues será cuestión de nombre. Lo que buscamos es una justicia social, una sociedad más fraterna, un compartir los bienes. Eso es lo que se busca" (19.3.1980).

3) La Iglesia no debe dar por resuelto lo que es el fondo del problema: la legitimidad de un determinado gobierno. En situaciones históricas de estabilidad no le toca a la Iglesia cuestionar sistemáticamente la legitimidad de la autoridad y des-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

estabilizar con ello continuamente la sociedad civil. Pero en situaciones límite, como las que está pasando El Salvador en los últimos años, no pueden dirimirse los problemas políticos apelando a la legitimidad formal de un régimen.

Así lo vio Mons. Romero, y por ello cuestionó la legitimidad de los diversos gobiernos militares y las diversas Juntas de gobierno. No significó esto tampoco legítimar automáticamente a la oposición. Significó hacer de la legitimidad un problema de contenido y no puramente formal. Por ello repitió hasta la saciedad que sin ruptura con el pasado, sin cese a la represión, sin verdaderas reformas estructurales, ningún gobierno puede apelar a su legitimidad.

4) La Iglesia no debe excluir ningún medio legítimo para que se imponga un proyecto verdaderamente popular, ni debe tampoco absolutizar ninguno de ellos. Así lo hizo Mons. Romero. En su tiempo abogó por la presión social y política de los movimientos populares, por la unidad de todos los sectores antioligárquicos, propició lo que fuese verdadero diálogo y no llegó a excluir la posibilidad de una insurrección legítima.

Pero tampoco absolutizó ninguno de los posibles medios. El caso límite para él hubiese sido la insurrección. La defendió como posible y como último recurso justo. Pero tampoco la absolutizó, como si hubiese que abandonar por ello otros medios pacíficos, como la presión social y el diálogo. En cualquier caso nunca puso la confianza en la violencia como medio único y mejor para construir el país, aunque pudiese llegar a ser legítima y necesaria.

En la actualidad, y del otro lado, se pretende absolutizar las elecciones. Tampoco hubiese hecho de esta solución Mons. Romero una fórmula mágica, pues para hacer de las elecciones un medio eficaz habría mucho que cambiar en el país previamente. Ese cambio previo sería ya un logro popular: cese de la represión, capacidad real de organización y de expresión popular. Pero esos cambios, que son condición necesaria para una solución duradera, no están garantizados por la llamada a elecciones.

Teóricamente Mons. Romero hubiese propuesto como medios de solución aquellos que supusiesen **menos** costos sociales en vidas humanas y en destrucción, y que garantizasen **más** duraderamente la justicia y la paz para las mayorías. A la Iglesia le toca discernir en la actualidad cuáles son esos medios y cómo se deben dosificar. Su servicio al país está en orientarle sobre ellos sin dogmatizar, hacerle ver lo que de verdadera solución popular hay en cada uno de ellos, y por otra parte llevar a los propiciadores de los diversos medios de solución lo que son las verdaderas aspiraciones del país, no sólo para terminar con la actual situación de violencia, sino para garantizar la solución de la miseria secular.

Lo que la Iglesia debe recordar de Mons. Romero es que, sea a través de diálogo, negociación, insurrección o elecciones, no habrá solución para el país si no se recogen los elementos básicos de lo que el llamó el proyecto popular, que no lo vio en el proyecto de la oligarquía, ni en los sucesivos gobiernos militares y en las sucesivas Juntas. Mons. Romero creyó que sólo una solución verdaderamente nueva y radical podría ser solución. Y los elementos de esa solución —sea cuales fueran los gobiernos que la llevasen a cabo— se debían encontrar en lo que el pueblo ha estado gestando con su concientización y organización. Esto para él fue insustituible y sólo se puede encontrar en el mismo pueblo.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

2. La construcción de la Iglesia.

"Como pastor no ambiciono otra cosa que construir la Iglesia" (23.9.1979).

El principio para construir la Iglesia no está en ella misma sino en el servicio a los pobres según la fe. Pero desde dentro de ese servicio la Iglesia puede y debe cultivar su propia realidad eclesial para ser cada vez más fiel al evangelio y mejor servir al mundo. Esto es lo que entendemos por 'construcción' de la Iglesia. Para Mons. Romero, como pastor y arzobispo, fue ésta una tarea y obligación prioritarias, que llevó a cabo con gran éxito. De pocas iglesias se ha podido decir que era una Iglesia tan evangélica, tan viva y tan eficaz, como lo fue la suya.

La situación intraeclesial ha cambiado después de su muerte. Las otras diócesis del país han seguido su languidez tradicional, más pálida aún por el desaparecimiento del apoyo de Mons. Romero a sacerdotes, religiosas y agentes de pastoral de estas diócesis.

Pero también ha cambiado la realidad de la Arquidiócesis. Esto hay que constatarlo con honradez. Por una parte existen los cristianos que siguen fieles a Mons. Romero, existe la Iglesia que ha seguido produciendo mártires, denunciando las injusticias y corriendo riesgos. Existe la Iglesia comprometida con la causa de los pobres, que ha mostrado creatividad en mantenerse junto al pueblo y servirlo humanitariamente.

Pero ha habido también un deterioro en la vida intraeclesial de la Arquidiócesis. Incluso lo positivo que se mantiene, se mantiene de personas y grupos cristianos, pero no estructuralmente como Arquidiócesis. Con la muerte de Mons. Romero ha desaparecido el principio de aglutinamiento de los agentes de pastoral y de una pastoral de conjunto. Esta se echa de menos y aquéllos se encuentran divididos, sobre todo a nivel de sacerdotes, tanto diocesanos como religiosos, mientras que se conserva mejor la unidad entre las religiosas. Está desapareciendo la colegialidad operativa en la búsqueda de soluciones y, sobre todo, está desapareciendo la voz del pueblo en las directrices pastorales. En su conjunto la Arquidiócesis está tomando un giro hacia la derecha, tratando de olvidar paulatinamente las posiciones avanzadas de Mons. Romero. Con su ausencia varios sacerdotes han vuelto a posturas conservadoras. Las tensiones entre agentes de pastoral más politizados y el Arzobispado tienden a convertirse en ruptura o en el mutuo ignorarse, mientras que con Mons. Romero se mantenían suficientemente manejables por el diálogo y respeto mutuo, y por ello también eran fructíferas. La palabra profética ha ido enmudeciendo en las homilías dominicales y no se prevee que la YSAX y Orientación recobren su antiguo vigor profético. Cáritas, Socorro Jurídico, CONFRES y la Confederación de Colegios Católicos no encuentran ahora el anterior liderazgo y apoyo. En la situación límite y polarizada estas instituciones pueden ser excesivamente manipuladas por la izquierda, pero ese peligro no se ha obviado con un diálogo sereno. No sólo las instituciones, sino también las personas echan en falta apoyo institucional en medio de riesgos y peligros, con lo cual no pocos sacerdotes, religiosos y religiosas han abandonado el país, dejando un alarmante número de vacantes. Por último se nota en exceso el peso de las directrices foráneas a la Arquidiócesis, que le privan a ésta de su anterior libertad y creatividad, dentro de la fidelidad y lealtad que mantuvo Mons. Romero con la Santa Sede y la Iglesia universal.

Ultimamente Mons. Rivera está intentando detener el movimiento descendente de la Iglesia de la Arquidiócesis y orientarla positivamente. En este sentido son importantes indicios los comienzos de la planificación pastoral, encomendada a los grupos más consecuentes con Mons. Romero, la llamada de Mons. Rivera al retorno de los sacerdotes, la posibilidad de que los medios de comunicación social del Arzobispado vuelvan a trabajar bajo buena dirección, la invitacion a la CONIP a integrarse en la pastoral conjunta, sin que Mons. Rivera la haya condenado como lo hiciera la CEDES. Para el bien de la misma Iglesia hay que analizar, sin embargo, las consecuencias del actual deterioro, para detenerlo, y los principios de solución, para que la Arquidiócesis siga construyéndose como Iglesia.

La consecuencia eclesial sería perder el espíritu de 'construcción' de la Iglesia y aceptar cada vez más el principio de la 'supervivencia', volviendo a la seguridad tradicional. La consecuencia social sería que la Iglesia se orientase según la 'convivencia' con el Estado y de esa forma se hiciese recuperable, y cada vez más recuperada, por el sistema. Por todo ello es importante y urgente recordar los principios de Mons. Romero para construir la Iglesia.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

2.1 La evangelización liberadora como misión de la Iglesia.

> "La Iglesia existe principalmente para la evangelización de todos los pueblos; es una institución formada por hombres con formas y estructuras determinadas, pero todo eso se organiza solamente al servicio de una realidad mucho más fundamental: el ejercicio de su tarea evangelizadora" (Segunda Carta Pastoral).

2.1.1 Mons. Romero vio claramente que para construir la Iglesia ésta necesita una misión. El crecimiento de la Iglesia no se origina en directo haciendo crecer sus realidades internas, sino dedicándose a la tarea de extender el reino de Dios, de hacer del mundo un hogar para todos. La involución no hace crecer a la Iglesia, porque es la negación de su misma esencia. Así lo expresó en una bella metáfora. La Iglesia, dijo, posee el pan de vida y debe repartirlo. "El pan que se guarda no alimenta. Sólo es pan el que se come, el que se asimila" (19.8.1979). El pan que no se reparte deja de ser pan. Una Iglesia que guarda el pan para sí misma, deja de ser Iglesia.

De ahí que Mons. Romero viera como esencial para la Iglesia determinar cuál es su misión. Siguiendo la "Evangelii Nuntiandi" y "Medellín" afirmó que esa misión es la evangelización, el anuncio eficaz de la buena nueva del reino para los pobres. Mantuvo los cuatro elementos fundamentales de la evangelización: el anuncio de la buena nueva, la denuncia del pecado contra el reino de Dios, el testimonio de santidad y la promoción de la liberación integral.

Mons. Romero tuvo la genialidad de mantener armónicamente los cuatro elmentos, y el resultado fue el sorprendente incremento en la fe del pueblo, en la denuncia profética, en la santidad de vida y en el compromiso histórico con la liberación del pueblo.

Vio también la dificultad de mantener conjuntamente todos los elementos de la evangelización y avisó por ello del peligro de reduccionismo "o acentuando sólo los elementos transcendentes de la espiritualidad y del destino humano, o, al revés, destacando sólo los elementos inmanentes de un reino de Dios que ya debe comenzar en esta tierra" (Cuarta Carta Pastoral, n. 36).

2.1.2 En la actualidad de la Arquidiócesis vemos un triple peligro con respecto a la misión. El primero es el movimiento a la involución intraeclesial, ya analizado en la primera parte. El segundo es el movimiento a la privatización de la fe, a presentar y ofrecer una fe "en sí", pensando con ello mantener lo que hay de transcendente en la misión. En la tercera parte analizaremos ese punto. El tercero es el movimiento a abandonar el servicio a la liberación histórica en nombre de la neutralidad, aunque eficazmente condujese a apoyar soluciones de tipo derechista. Para dar luz sobre este tercer punto conviene recordar los principios de Mons. Romero.

1) La misión de la Iglesia siempre incide en el ámbito socio-político. "Por acción o por omisión, por la connivencia con uno u otro grupo social los cristianos siempre han influido en la configuración socio-política del mundo en que viven" (Discurso de Lovaina). Es pues ilusión, o buena voluntad poco ilustrada, pretender que la Iglesia puede permanecer neutral en la configuración de la sociedad. "El problema es cómo debe ser el influjo en el mundo socio-político para que ese influjo sea verdaderamente según la fe" (ibid.). La neutralidad no es posible.

2) La Iglesia no puede sustraerse a esa misión aduciendo la dificultad objetiva, por la diversidad de proyectos políticos y los diversos grados de viabilidad, ni la dificultad subjetiva, por los riesgos que esa misión conlleva. "Nada de eso le exime de la apremiante obligación de alentar y animar los mecanismos concretos que mejor parezcan ayudar a la parcial realización de ese reino" (Segunda Carta Pastoral). La neutralidad no sólo no es posible, sino que no es buena. En el presente, eliminada por inaceptable la solución de la oligarquía, a la Iglesia le toca discernir en verdad si el proyecto del actual gobierno acerca más el reino de Dios al país que el proyecto popular.

3) La Iglesia no puede abandonar esa misión en nombre de un purismo ahistórico. Por todas partes se cometen errores y pecados, y también, por cierto, en la Iglesia. A la Iglesia le toca purificar en lo posible los proyectos históricos, y no puede desentenderse de ellos para permanecer incontaminada. "Una Iglesia que trabaja pura, incontaminada, eso no sería Iglesia de servicio a los hombres" (3.12.1978).

Mons. Romero estuvo claro en que sin misión, sin evangelización y sin el elemento de liberación histórica de la evangelización no se puede construir la Iglesia. Las dificultades para ello son grandes, pero la Iglesia no puede sustraerse de la misión en nombre de las dificultades. Si lo hace se torna socialmente irrelevante y decrece como Iglesia.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

2.2 La santidad de una Iglesia perseguida.

"La persecución es una nota característica de la autenticidad de la Iglesia. Una Iglesia que no sufre la persecución, sino que está disfrutando los privilegios y el apoyo de la tierra, esa Iglesia ¡tenga miedo! No es la verdadera Iglesia de Jesucristo" (11.3.1979).

El hecho más significativo de la Iglesia salvadoreña sigue siendo la persecución, que no ha disminuido, sino aumentado, desde el asesinato de Mons. Romero. Los datos son conocidos. Un arzobispo, diez sacerdotes, un seminarista próximo a la ordenación, tres religiosas y una promotora social norteamericana, decenas de catequistas y delegados de la palabra, centenares de fieles cristianos han sido asesinados. Junto a esto, las calumnias, campañas de prensa, amenazas, cateos, bombas a personas, instituciones y locales de la Iglesia.

2.2.1 Mons. Romero vio en la persecución la autenticidad de la Iglesia, la realidad sobre la cual construir una Iglesia históricamente santa, porque a la Iglesia le ocurre en último término lo que le ocurrió a Jesús. Jesús también "fue incomprendido, lo llamaron revoltoso y lo sentenciaron a muerte" (3.6.1979).

La persecución es la señal de que realmente la Iglesia se ha puesto en favor del pueblo salvadoreño, porque le ocurre lo que a ese pueblo. "La Iglesia sufre el destino de los pobres: la persecución" y se gloría en participar del destino del pueblo, de "mezclar la sangre de sus sacerdotes con las masacres del pueblo" (17. 2.1980).

La persecución es la señal clara de encarnación entre el pueblo, sin la cual no puede haber seguimiento de Cristo. Por ello llegó a hacer esta asombrosa declaración:

"Sería muy triste que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente, no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de una Iglesia encarnada en los problemas del pueblo" (24.6.1979).

Cuando se mantiene en medio de la persecución y cuando los cristianos sucumben ante ella ofreciendo su vida, entonces la Iglesia ofrece el signo del mayor amor y por ello se hace santa. Sin muchas elucubraciones, como quien afirma lo evidente, lo dijo Mons. Romero:

"Para dar vida a los pobres hay que dar de la propia vida y aun la propia vida. La mayor muestra de fe en un Dios de vida es el testimonio de quien está dispuesto a dar su vida. 'Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por el hermano' Jn 15,13" (Discurso de Lovaina).

La persecución a la Iglesia fue para Mons. Romero injusta pero no indeseada. Es señal de que va por buen camino; y si se mantiene en ella es expresión de la mayor santidad. Por ello la Iglesia debe construir sobre la persecución y sobre el martirio si quiere crecer en su santidad. Es la versión historizada del antiguo axioma cristiano: "La sangre de mártires es semilla de nuevos cristianos".

2.2.2 En la actualidad, en presencia de interpretaciones erróneas sobre la persecución y en presencia del comprensible miedo que produce, la Iglesia debe recordar y mantener los principios fundamentales de Mons. Romero.

1) La Iglesia debe seguir afirmando el hecho de que existe la persecución ante políticos que la niegan y ante algunos eclesiásticos que dudan de que se trata de persecución por motivos cristianos. Según Mons. Romero, persecución a

Jura de reclutas en San Miguel (5-VII-80). A la izquierda, el vicario castrense mons. Eduardo Alvarez. El tercero es el Coronel Jaime Abdul Gutiérrez.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

la Iglesia no es desconocerla jurídicamente o privarle de privilegios. "Lo más profundo de la persecución a la Iglesia consiste en imposibilitarle llevar a cabo su misión y en atacar a los hombres a quienes ella se dirige con una palabra de salvación" (Segunda Carta Pastoral).

En este sentido no se puede negar que existe una gran persecución a la Iglesia. Lo primero es realidad porque a las religiosas, sacerdotes, catequistas, etc., se les persigue y asesina no principalmente como a personas privadas, sino como a agentes de pastoral que llevan a cabo la misión de la Iglesia. Lo segundo es evidente. Se está persiguiendo al pueblo y al pueblo cristiano. Y en ello el mismo Cristo sigue perseguido, según la profunda frase de Cristo a Pablo: "Saulo, Saulo ¿por qué me persigues?" (Hech. 9,5).

2) La Iglesia debe seguir afirmando que la persecución le sobreviene por motivos fundamentalmente cristianos y no porque la Iglesia haya abandonado su misión cristiana en favor de una misión puramente política, aunque su incidencia en lo político sea parte de su misión cristiana. Desvirtuar la persecución como consecuencia de acciones puramente políticas, sin fe ni amor cristiano al pueblo, admitir implícitamente que, al fin y al cabo, es comprensible que los 'subversivos' sean perseguidos y asesinados, no sólo constituiría una grave injusticia a esos perseguidos y asesinados, sino la perversión de la verdad. De ahí la importancia de que Mons. Romero llamase 'mártires' a tantos cristianos asesinados.

> "Para mí que son verdaderos mártires en el sentido popular. Son hombres que han predicado precisamente esta incardinación con la pobreza. Son verdaderos hombres que han ido a límites peligrosos, donde la UGB amenaza, donde se puede señalar a alguien y se termina matándolos, como mataron a Cristo. Estos son los que yo llamo verdaderamente justos" (23.9.1979).

3) La Iglesia debe mantener que en la persecución aparece la verificación de la santidad y en el martirio su mayor muestra. Mons. Romero no idealizó a los cristianos caídos desde todo punto de vista. Hablando de los sacerdotes asesinados dijo que fueron hombres y tuvieron sus manchas. Pero al afirmar esto recalcó aún con más vigor la idea fundamental: el centro de la santidad cristiana está en el amor del servicio a los pobres, aun cuando esto desencadene la persecución, y su mayor muestra sea el dar la vida.

La Iglesia debe ser bien consciente de dónde está el núcleo de la santidad cristiana. La plenitud de esa santidad abarca sin duda un sinnúmero de virtudes, de acciones y de prácticas. Pero no le toca a ella elegir cuáles sean esas virtudes, sino que aparecen claramente en el evangelio. Para construirse sobre roca, la Iglesia debiera edificarse sobre la sangre de los mártires y agradecer a Dios tanta sangre martirial derramada en la Arquidiócesis. Tergiversar esa realidad sería un horrendo pecado de la Iglesia y privarse a sí misma de la roca firme sobre que construirse.

2.3 La unidad de la Iglesia desde la misión y la persecución

> "El servicio al Evangelio y la persecución a la Iglesia han tenido como fruto precioso la unidad de la Arquidiócesis, de una forma desconocida hasta ahora. Con alegría hemos podido constatar que muchas barreras han desaparecido. Nunca como ahora se ha dado la unidad de los pastores con los religiosos, religiosas y laicos. Recordamos también con alegría, porque han sido expresiones de unidad, las innumerables reuniones y contactos privados con comunidades y toda clase de personas. Esta unidad y esta solidaridad es para mí un signo muy claro de que hemos elegido el camino correcto" (Segunda Carta Pastoral).

Para Mons. Romero construir la Iglesia significó unificar a la Arquidiócesis. En el texto arriba citado aparecen los fundamentos de la unidad y sus diversas expresiones. En ese tipo de unidad vio Mons. Romero que la Iglesia se iba construyendo correctamente.

2.3.1 En la actualidad hay gran preocupación por la unidad. El Vaticano y la CEDES llaman a ella. En momentos difíciles se espera que una Iglesia unida mejor sobrevivirá y mejor influjo social tendrá. Para ello se pretende unificar a todos los obispos del país, de modo que la Arquidiócesis se incorpore en una unidad mayor que ella misma, y se pretende unificar al pueblo de Dios desde arriba, desde los obispos.

La realidad, sin embargo, es muy otra. La CEDES nunca estuvo unida en tiempo de Mons. Romero, a quien sólo le fue leal Mons. Rivera. Quizás con su ausencia se esperasen mayores facilidades para la unión. Pero ésta no se ha logrado. A pesar de varios documentos suscritos conjuntamente, la unidad de la CEDES es más

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

aparente que real. Mons. Rivera no pareció estar muy de acuerdo con la Carta Pastoral Conjunta del 15 de septiembre. Los restantes obispos del país no firmaron el comunicado de la Arquidiócesis del 5 de diciembre, único documento en la línea de Mons. Romero.

Las consecuencias de querer unificar a la Iglesia, sólo desde arriba y en base a mecanismos administrativos son conocidas. No se han unificado los obispos, ni menos aún se ha conseguido la unidad de la Iglesia como pueblo de Dios, en el que participan los diversos agentes de pastoral y los simples cristianos. El pretendido influjo social de una Iglesia unida tampoco se ha logrado. El pueblo de Dios en su mayoría ni siquiera conoce los documentos de la CEDES, no escucha su palabra. Sólo los actuales gobernantes y sus aliados en Estados Unidos han usado las declaraciones de los obispos para insinuar o decir que 'la Iglesia' apoya su política.

Desgraciadamente no existe ahora unidad en la Iglesia. Por ello es importante recordar los principios de Mons. Romero.

1) Para Mons. Romero la unidad eclesial sólo se puede conseguir sobre bases cristianas y no en base a mecanismos puramente eclesiásticos. Más en concreto, sólo se puede conseguir en base a los fundamentos de la fe, pero historizados. Hay que confesar al único Dios, único Cristo y único Espíritu, pero en una práctica según ese Dios, ese Cristo y ese Espíritu. "La unidad de los cristianos se consigue no sólo con la confesión de una misma fe, sino en la puesta en práctica de esa fe" (Segunda Carta Pastoral).

2) La práctica de la Iglesia genera unidad cuando es según el evangelio y cuando —en cuanto práctica— desencadena una serie de realidades que por su naturaleza tienden a unir. La unidad de la Iglesia "se consigue alrededor de un esfuerzo común, de una misma misión; se consigue en la fidelidad a la Palabra y a la exigencia de Jesucristo, y se cimenta en el sufrimiento común" (ibid.).

3) La Iglesia se unifica cuando de esa práctica y de ese sufrimiento participan todos los cristianos según el modelo primario de pueblo de Dios. La autoridad jerárquica tiene que llegar a ser símbolo real de la unidad del pueblo de Dios, como lo fue insignemente Mons. Romero. Pero no genera por sí misma unidad. Cuando el obispo es en primer lugar pastor que trabaja con el pueblo de Dios y para él, cuando le aglutina en su práctica y le acompaña en sus sufrimientos, entonces puede su autoridad convertirse —en un segundo momento— en mecanismo de unidad.

La gran lección de Mons. Romero es que no puede haber unidad en la Iglesia si no hay unidad en el pueblo de Dios. Y que no hay unidad en el pueblo de Dios sin una decidida misión en favor de las mayorías pobres, en la que se puede compartir el trabajo común, el sufrimiento común y la esperanza común.

2.4 La solidaridad con la Iglesia salvadoreña.

> "Son innumerables las cartas de solidaridad y estímulo para continuar viviendo este testimonio, recibidas de cardenales, obispos, conferencias episcopales, gremios sacerdotales, religiosos y laicales. Hemos recibido también adhesiones de muchos hermanos separados de dentro y de fuera del país, a quienes queremos agradecer públicamente su gesto fraternal y cristiano" (Segunda Carta Pastoral).

Mons. Romero no construyó solamente la Iglesia de la Arquidiócesis, sino que al construirla contribuyó también a la unión entre diversas iglesias locales. Por un lado la Iglesia de la Arquidiócesis conmovió, cuestionó y animó a otras muchas iglesias locales. Por otro lado esas otras iglesias se volcaron en solidaridad con la Arquidiócesis. Sin pretenderlo, Mons. Romero mostró cómo una Iglesia local, al cobrar perfil propio cristiano, es capaz de relacionar a las diversas iglesias del mundo, mostrando así lo que en lenguaje teológico se denomina la 'catolicidad' de la Iglesia; y capaz también de relacionar a las iglesias católicas con las protestantes, mostrando así el camino eficaz para el ecumenismo.

2.4.1 La Iglesia mártir de Mons. Romero no ha dejado indiferentes a las demás iglesias locales, las ha forzado a relacionarse con la Iglesia salvadoreña y a ser, así, católicas. Pero de nuevo esto se está haciendo según modelos diferentes.

Aunque sean minorías, existen algunas iglesias locales o más precisamente sus jerarquías, que intentan que desaparezca lo propio de la Iglesia salvadoreña, su creatividad cristiana, su parcialidad y su conflictividad. Se sienten responsables hacia ella, pero intentan traerla a la uniformidad, al antiguo esquema de cristiandad. No se puede evitar la sensación de que muchos obispos desearían esto. Catolicidad significaría aquí universalismo, uniforme y tradicional.

2.4.2 El modelo de catolicidad de Mons. Ro-

R6786

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

mero era diferente. La Iglesia universal se hace católica cuando cada una de las iglesias locales, ahondando en su esencia cristiana y respondiendo cristianamente a sus retos históricos, se ayudan mutuamente. Es el modelo paulino de 'llevarse mutuamente', según el cual cada Iglesia da y recibe de las otras.

La Iglesia salvadoreña ha dado a otras iglesias su dolor, su solidaridad con los pobres, su creatividad pastoral y teológica, sus mártires. En último término ha dado a las demás algo tan sencillo y tan profundo como la fe, la puesta en práctica del evangelio. Así lo dijo Mons. Romero cuando iba a Puebla representando a su Iglesia local:

> "Lo que me interesa, queridos hermanos, es ir a Puebla para llevar en mi voz la expresión de esta Iglesia que son ustedes, ¡tan viva! ¡una Iglesia mártir! ¡una Iglesia tan llena del Espíritu Santo! (31.12.1978).

Y a su vez ha recibido muestras de solidaridad sin precedentes, apoyo de innumerables iglesias, ayuda económica, cobertura internacional en revistas, libros, periódicos, radio y televisión. Y ha recibido sobre todo la fe cristiana detrás de esa solidaridad. El ejemplo más preclaro es el martirio de las tres religiosas norteamericanas y una promotora social, símbolo de la fe de unas iglesias locales, dispuestas a entregar hasta la vida por la Iglesia salvadoreña.

Otras iglesias han recibido mucho de la Iglesia salvadoreña. Iglesias del Tercer Mundo que se debaten en semejantes situaciones han recibido lucidez e inspiración. Iglesias del Primer Mundo, en las que la fe cristiana va perdiendo sentido por el ambiente materialista, han vuelto a encontrar en el testimonio de la Iglesia salvadoreña el sentido de la fe y el valor del evangelio.

Este ingente movimiento a dar y recibir, a llevarse mutuamente en el sufrimiento y en la fe, cada Iglesia local según sus posibilidades, es el verdadero modelo de catolicidad: la construcción de la Iglesia universal desde las iglesias locales y la construcción de cada Iglesia local en relación con las otras iglesias.

Pero no hay que olvidar que la ingente solidaridad hacia la Iglesia salvadoreña y el movimiento de catolicidad que ésta ha desencadenado, no ha surgido por pura fidelidad formal a la esencia 'católica' de la Iglesia, sino por el increíble dolor del pueblo salvadoreño y por la respuesta de la Iglesia a ese dolor. Por ello la catolicidad y la solidaridad se mantendrán si se mantienen sus presupuestos. A la Iglesia de Mons. Romero le cupo el honor de haber desencadenado ese movimiento. A la actual Iglesia le toca la responsabilidad histórica de mantenerlo.

2.5 Mons. Romero recibió una Arquidiócesis de manos de Mons. Chávez bien orientada pastoralmente y en medio también de dificultades y conflictos serios. En esta situación él se decidió a seguir construyendo la Iglesia. Dos cosas permanecen válidas de esa decisión. Mons. Romero trabajó por construir la **Iglesia**. Para ello fue a los fundamentos de lo que es la verdadera Iglesia: una Iglesia que tiene una misión, y por ello apostólica; una Iglesia perseguida y mártir, y por ello santa; una Iglesia que es la totalidad del pueblo de Dios, y por ello una; una Iglesia que desencadena solidaridad, y por ello católica. Desde estos cimientos verdaderos desarrolló los otros aspectos de la Iglesia, doctrinales, administrativos, litúrgicos, y con todo elló fue creciendo la Iglesia.

Mons. Romero trabajó para **construir** la Iglesia. También él recibió la Arquidiócesis en situaciones difíciles y conflictivas, en las cuales pudiera haber optado por la mera supervivencia eclesial y la convivencia pacífica con el Estado. Sin embargo se decidió a construir, convencido de que el estancamiento y el instalamiento hacen de la Iglesia como la sal que pierde su sabor y para nada sirve ya.

Las actuales circunstancias son en verdad difíciles para la Iglesia. La prolongada persecución ha conseguido paralizar a parte de ella. No es de extrañar que surjan llamadas a la prudencia. Pero no se pueden olvidar los principios fundamentales de Mons. Romero para la construcción de la Iglesia. La Iglesia no debe plantear sus problemas desde el qué **no hacer** pa-

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

ra poder sobrevivir, sino desde el qué **hacer** para crecer como Iglesia.

3. La fidelidad de la Iglesia a Dios.

> "Enseñar las verdades del evangelio e iluminar con ellas nuestras realidades para acomodarlas a la verdad de Dios y no a los amañamientos de los hombres resulta el servicio más importante de nuestra Iglesia al país" (Cuarta Carta Pastoral, n. 38).

Mons. Romero creyó en Dios y fue fiel a Dios. Muchos han reconocido en esa fe transcendente las raíces de su santidad personal y de su prodigiosa actuación como líder eclesial y social. Esa fe deben proseguirla los cristianos, personal y colectivamente como Iglesia, para su propia fidelidad a Dios y para realizar cristianamente las dos tareas eclesiales que antes hemos desarrollado: el servicio al país y la construcción de la Iglesia.

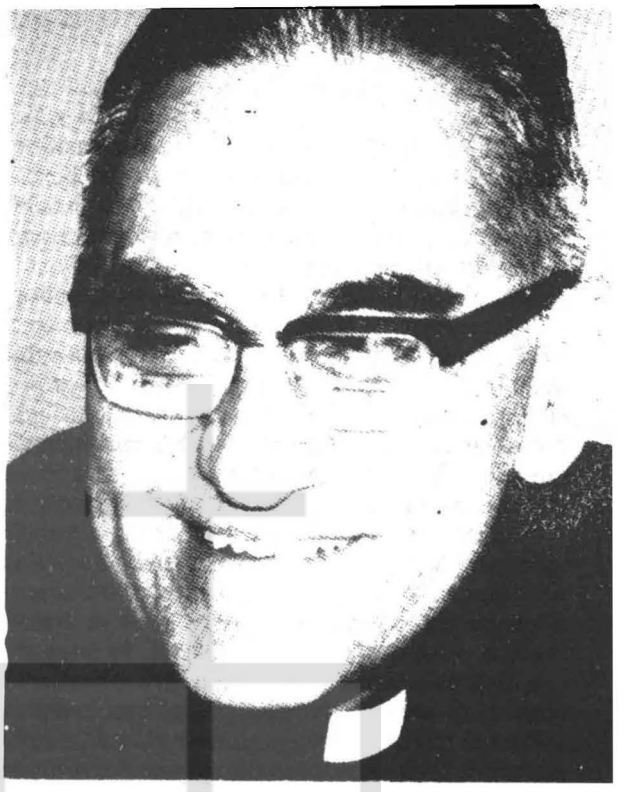
3.1 El encuentro con Dios.

> "¡Quién me diera, queridos hermanos, que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios!" (10.2.1980).

Para Mons. Romero nada hay que pueda sustituir al encuentro del hombre con Dios, allá donde el hombre tiene que decidir en soledad sobre el destino de su vida, sobre su opción última, sobre lo que debe hacer y sobre aquello por lo que tiene que estar dispuesto a dar la vida.

A esa situación Mons. Romero llamó el encuentro con Dios. Para él fue tan natural como la vida misma. No pudo concebir su vida, sino desde dentro del misterio de Dios. Nunca pensó que ese misterio pudiera atentar contra lo verdaderamente humano y propio de la vida, sino más bien como aquello que era el fundamento de la vida, la hacía más humana y descubría cada vez más sus posibilidades. Encontrarse con Dios significó para Mons. Romero ver y hacer nuestra historia desde lo absoluto de Dios, e ir descubriendo el misterio de Dios —manteniéndolo siempre como misterio, como aquello que hay que ir descubriendo— desde nuestra propia historia.

De este encuentro de Mons. Romero con Dios todo hombre tiene mucho que aprender. Incluso aquellos que no se confiesan explícitamente creyentes pueden aprender de él la total honradez con que se puso en presencia de lo último.



Los no creyentes no llamarán 'Dios' a eso último. Quizás lo llamen 'reino del hombre' o simplemente 'hombre'. Pero debieran aprender de Mons. Romero que aquello que sea en verdad último sólo puede ser captado como misterio, no como algo que ya se posee de una vez para siempre, sino como algo a lo que hay que salir al encuentro con total honradez, para que lo último hable en verdad.

Para los cristianos es evidente que hay que mantener ese encuentro con Dios, para que la fe no degenere en supuesta posesión de verdades ya sabidas, sino en el responder al Dios que sale al encuentro y en el corresponder a su realidad, tal como se va manifestando.

Para la Iglesia actual y para la Iglesia de siempre, el tipo de fe que tuvo Mons. Romero es de suma importancia para que el elemento de transcendencia, que debe estar presente en su misión y en su propia realidad, sea en verdad transcendente, es decir, esté presente históricamente y a la vez no se agote en ello. Veamos en dos puntos la importancia de la fe de Mons. Romero para la vida eclesial.

1) Parte importante de la misión de la Iglesia es el anuncio de contenidos transcendentes. El anuncio de la buena noticia tiene una dimensión histórica: el **reino** de Dios; pero tiene también una dimensión transcendente: es reino de **Dios** y tal como lo anunció **Jesús**.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

La Iglesia ha elaborado una doctrina sobre esos contenidos transcendentes. Dios es el creador, el liberador, es un Dios de vida y de justicia, es un Dios poderoso que resucita a los muertos y también un Dios crucificado. Jesús es el Cristo, el hijo eterno de Dios, el redentor y el salvador.

La misión de la Iglesia sin embargo no consiste sólo en transmitir estos contenidos ya sabidos por el predicador para que sean sabidos por el que los escucha. No es ése el modo primario de presentar lo transcendente. Se trata más bien de que el predicador transmita la fe, que tiene esos contenidos, para que el oyente pueda llegar a su propia experiencia de fe. Se trata de que el predicador pueda hablar desde su encuentro con Dios para que el oyente pueda llegar a encontrarse con Dios. Se trata, como se ha dicho, de una mistagogía, de introducir en el misterio de Dios.

Este es el sentido de la fe de Mons. Romero: llegar al encuentro con Dios, tener una fe viva y real en el misterio de Dios, que va más alla de la posesión de las verdades de fe, aunque ese encuentro haya que explicitarlo después en verdades. Y de esa forma lo transcendente se podrá expresar como celebración en la liturgia, en los sacramentos y en todas las manifestaciones de la religiosidad popular.

Para que la Iglesia lleve a cabo su misión hoy nada puede sustituir al encuentro con el Dios vivo. Desde ahí podrá anunciar los contenidos transcendentes y mantener una doctrina ortodoxa. Pero no a la inversa.

2) Ese encuentro con Dios es especialmente importante para aquellos que en la Iglesia son pastores, los obispos en primer lugar, pero también para todos aquellos que están dedicados a orientar, alimentar y dirigir al pueblo de Dios: sacerdotes, religiosos, religiosas, catequistas, delegados de la palabra, etc. A ellos les toca 'confirmar en la fe', no sólo transmitir doctrinas de fe.

Mantener la fe no es fácil por la oscuridad misteriosa de su contenido y por sus costosas exigencias. Mantener en la fe se realiza fundamentalmente en presencia de los 'testigos' de la fe, como dice la Carta a los Hebreos.

Eso es lo que fue Mons. Romero. Fue ante todo un testigo de la fe. Fue maestro de la fe, pero desde dentro de su propio testimonio. Por ello pudo confirmar a tantos cristianos y hacer que la fe creciese como realidad viva en la Arquidiócesis. Pero, recordémoslo, eso lo pudo hacer porque se encontró con Dios.

3.2 La fe en un Dios mayor.

> "Toda absolutización de una cosa creada es una ofensa al único Absoluto y Creador porque erige y sirve a un ídolo que pretende suplantar al mismo Dios" (Cuarta Carta Pastoral, n. 42).

La fe en Dios y en lo transcendente del misterio de Dios tiene también consecuencias para la historia. La Iglesia la debe mantener, por lo tanto, no sólo por su obvia responsabilidad de anunciar aquello que es específico suyo, sino porque esa fe humaniza más al hombre y a la historia. Eso es lo que queremos mostrar en éste y en el siguiente apartado.

Mons. Romero creyó en un Dios mayor que todo lo creado. De ahí sacó la sencilla conclusión de que nada creado es Dios y desenmascaró la perenne tentación humana de querer hacer pasar algo creado por Dios, bien que a eso se le llame Dios o se lo considere eficazmente como algo último, absoluto e intocable.

Mons. Romero creyó más bien que a Dios hay que dejarle ser Dios, sin reducirlo a ninguna cosa creada. Hay que dejarle ser un Dios mayor, para que todas las cosas creadas puedan ser conocidas y usadas en su verdadera realidad.

Desde esta fe condenó Mons. Romero la absolutización de la riqueza y de la seguridad nacional. Los medios humanos para la vida y la seguridad son cosas creadas, necesarias y por ello también buenas. Pero cuando se las absolutiza y se las hace pasar por Dios, entonces su propia esencia queda viciada, se convierten en ídolos y exigen aquello que sólo Dios puede exigir. Por ser además perversiones de la divinidad conducen a lo contrario a lo que conduce el verdadero Dios: si el verdadero Dios conduce a la vida, los ídolos conducen a la muerte.

Desde esta fe también condenó Mons. Romero la absolutización de las organizaciones populares, por ser también ellas cosas creadas. Las vio basadas en principios de justicia, y ser por ello no sólo buenas sino deseables. Pero tampoco a ellas les compete la absolutez y ultimidad de Dios. Por ello les avisó del peligro de absolutización, con lo cual viciarían su propia esencia y podrían convertirse también en fuente de deshumanización.

La fe viva de Mons. Romero en un Dios mayor le llevó a orientar eficazmente la historia del país. En la actualidad esa fe en un Dios mayor sigue siendo necesaria para la Iglesia sobre todo en

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

dos puntos de actualidad.

1) Si Dios es mayor que todo lo creado es también mayor que la misma Iglesia, y ésta tiene que admitir la posibilidad de que Dios se manifiesta a través de lo que es nuevo, incluso para la Iglesia.

Es comprensible y razonable que en situaciones difíciles y nuevas la Iglesia busque en el arcano de su antigua sabiduría, en su doctrina acumulada, alguna directriz para orientarse. Pero no debe absolutizar lo que ya sabe como la única ni la mejor verdad, ni debe poner límites a la posible manifestación de Dios.

Esto significa que la Iglesia debe hoy auscultar seriamente los signos de los tiempos y escuchar al profeta que los esclarezca y que hable directamente en nombre de Dios. Admitir realmente la posibilidad de una actual manifestación de Dios, más allá de lo que la Iglesia ya sabe o incluso más allá del espacio de la Iglesia, es el modo real de creer en un Dios mayor. De otra forma se estaría negando **in actu** lo que se repetiría de forma puramente doctrinal.

Esto significa en concreto que la Iglesia no puede decidir **a priori**, desde políticas elaboradas de antemano ni incluso en base a su doctrina social, lo que debe hacer en y para el país. Siendo esto sumamente necesario, tiene que estar a la escucha de la voluntad de Dios a través de la historia actual, del sufrimiento generalizado, de las masacres, de los intentos de liberación, de la solidaridad internacional, etc. A través de todo esto tiene que preguntarse la Iglesia: ¿qué está diciendo Dios?

Mons. Romero creyó en un Dios mayor que la Iglesia misma y por ello declaró que "sería muy triste una Iglesia que se sintiera tan dueña de la verdad que rechazara todo lo demás" (8.7.1979). Vio en esta actitud una condición previa para que la Iglesia pudiera encontrarse en verdad con Dios, sin ponerle límites previos al lugar y modo de su manifestación; y también para que su fe en Dios fuese fructífera, pues del encuentro verdadero con Dios surge la lucidez y la fortaleza para orientar al país.

Por ello insistía Mons. Romero en la necesidad de profetas que hablasen en nombre de Dios, "para que no nos deje instalar en una religión como si ya fuera intocable" (8.7.1979).

La primera inseguridad que le produce a la Iglesia ponerse directamente en frente de Dios, de un Dios mayor que ella misma, perdiendo suelo, incluso suelo eclesial, es a la vez lo que le da la seguridad de haberse encontrado con Dios, de no haber absolutizado nada creado, ni a sí misma, y de poder orientar al país en nombre de Dios.

2) Una aplicación actual para la Iglesia de El Salvador —y también de otros países del área centroamericana— de la fe en un Dios mayor es el juicio sobre los posibles sistemas políticos, incluidos los de corte socialista. Existe por primera vez la **posibilidad** de que nuestra sociedad se oriente según principios socialistas, en mayor o menor grado, y no según los principios del llamado mundo occidental.

En esta situación la Iglesia debe analizar y discernir lo que realmente más conviene al país, las posibles repercusiones para la Iglesia y su trabajo en sociedades nuevas. Para ello deberá tener en cuenta el pasado y el presente de las realizaciones y fracasos en sociedades socialistas y occidentales, los cambios operados en esas sociedades y en las ideologías que las subyacen.

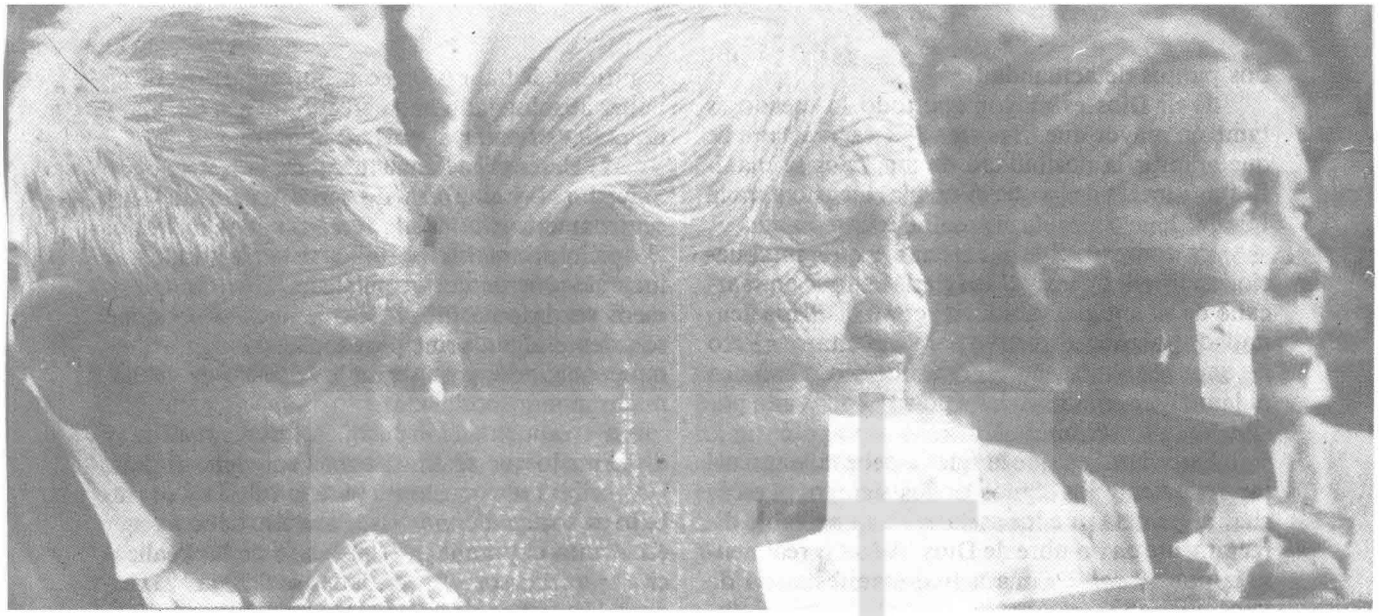
Todo ello es evidente y necesario. Pero detrás de ese discernimiento se esconde un problema de fe en Dios. Algunas instancia eclesiales parecen haber zanjado ya de antemano el problema. El socialismo, ni siquiera el que se presenta como socialismo humanizado, puede ser voluntad de Dios para el país. Esta sólo puede consistir en sociedades occidentales, aunque se reconozcan sus limitaciones. Se da aquí un principio de absolutización muy peligroso. Se tiende a demonizar al socialismo y a divinizar las sociedades occidentales.

Se da entonces un problema de fe en un Dios mayor. El problema no consiste en que **a posteriori** la Iglesia prefiera un determinado sistema político como mejor para el país, sino en que **a priori** haya zanjado la cuestión. De esta forma, muy eficazmente, estaría poniendo límites **a priori** a la voluntad de Dios, estaría negando las posibilidades históricas de Dios y con ello el ser mayor de Dios.

Mons. Romero no fue ingenuo en este punto ni canonizó ningún sistema político determinado. Pero tampoco puso límites a la voluntad de Dios sobre lo que podría ser mejor para el país.

> "Nunca he estado a favor de nadie porque he estado únicamente comprometido con mi Dios. Y siempre he predicado mi autonomía para poder alabar lo bueno que hay en cualquier ser humano, así como para poder reprochar con toda libertad lo malo e injusto que existe en cualquier ser humano. Para eso está la Iglesia. Las coyunturas políticas de

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"



los pueblos cambian. La Iglesia siempre tendrá que ser el horizonte del amor de Dios, que he tratado de explicar esta mañana. Por eso el amor cristiano sobrepasa las categorías de todos los regímenes y sistemas. Si hoy es democracia, si mañana es socialismo, si después es otra cosa, eso no es competencia de la Iglesia. Háganlo ustedes que son el pueblo, ustedes que tienen el derecho de organizarse con la libertad que tiene el pueblo" (20.5.1979).

Este texto no debe ser leído terceristamente, como si Mons. Romero propiciase el distanciamiento de la Iglesia con respecto a lo sociopolítico o relativizase todos los sistemas políticos por igual, sin ninguna jerarquización. Ya hemos visto antes que no es así, y veremos después que 'el horizonte del amor de Dios' no es lo que hace de la Iglesia distante del mundo, sino al contrario. El texto debe ser leído como confesión de fe concreta en las posibilidades históricas de Dios. La voluntad de Dios puede pasar también por nuevas sociedades. Si no fuera así, no tendría ningún sentido la fe en un Dios mayor.

En la actualidad no es infrecuente el rechazo a priori a todo lo que pueda ser socialista, lo cual se suele formular diciendo que la Iglesia le tiene miedo al marxismo. La lección de Mons. Romero es que debe existir un miedo mucho más fundamental: miedo a manipular a Dios, miedo a equiparar los intereses personales o eclesiales con la voluntad de Dios, miedo a no dejar que Dios sea Dios.

3.3 La fe en el Dios de la utopía.

"La necesidad, entonces, de algo transcendental, de algo que venga de afuera se hace sentir" (7.1.1979).

"Dios viene y sus caminos son bien cercanos a nosotros. Dios salva en la historia" (7.12.1978).

Mons. Romero creyó en la salvación que viene de Dios, pero no de forma mágica o mecánica, sino en la medida en que los hombres realizan la fe en Dios. Entonces se salva la historia.

Para ello hay que mantener la tensión descrita en las dos citas aducidas: Dios salva en cuanto se le mantiene como el transcendente, y Dios salva en cuanto los hombres hacemos esa transcendencia cercana. Dicho de otra forma, Dios como transcendente, es la suprema utopía, el amor, la verdad, la reconciliación, la justicia, el futuro absolutos. Como tal, esa realidad se mantiene transcendente a la historia, y en la historia nunca se realizan esas realidades de Dios adecuadamente. Por otra parte, los hombres con fe en ese Dios hacen mover la historia en la dirección de las realidades apuntadas, sin detenerse a medio camino, aun sabiendo que nunca lo podrá recorrer hasta el final, y de esa forma la historia va dando más de sí, tensionada por la utopía de Dios.

Esta es una afirmación de fe y por lo tanto no adecuadamente verificable. Pero tampoco es una afirmación gratuita cuando se observan las consecuencias de mantener esa fe. Así se mostró

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

en Mons. Romero, quien manteniendo la fe en la utopía de Dios, desencadenó historia positiva para el país. Para la Iglesia actual esto sigue siendo una necesidad y en cierta manera, el servicio más específicamente suyo al país. Recordemos por ello la fe de Mons. Romero.

1) Mons. Romero apoyó todo lo que había de justicia en el país. Pero porque creyó en el Dios de la absoluta justicia no dejó que la lucha por la justicia se midiese sólo por la justicia de los hombres, que por su misma naturaleza sólo puede ser limitada en sus logros y medios de conseguirla, aun en el caso de quienes la buscan realmente. Por ello mantuvo siempre los principios desde los cuales surge la verdadera justicia: estar entre el dolor de los pobres, escuchar sus clamores primarios, buscar soluciones para ellos. Y animó siempre a no pactar con algunos subproductos negativos que históricamente conlleva consigo la lucha honrada por la justicia. Por ello animó a superar los instintos de protagonismo, que se traducen en sectarismos y división, la absolutización de uno sólo de los medios de lucha —sociales, políticos o militares, según los casos—, el endurecimiento, la intransigencia y el movimiento hacia la venganza. Quiso en definitiva que la lucha por la justicia siempre fuese cada vez más humana.

2) Mons. Romero aceptó que la justicia sólo se puede conseguir con lucha, pero no olvidó el horizonte de reconciliación, por difícil que sea esto y más en la actualidad. Creyó en un Dios justo, pero siempre también dispuesto a la compasión y al perdón. Sabiendo que la lucha genera más bien división y antagonismo, fomentó siempre el espíritu de reconciliación, las entrañas de misericordia; exigió siempre magnanimidad con el adversario e incluso disponibilidad de perdón hacia el enemigo.

3) Mons. Romero optó por la esperanza de los pobres. Indudablemente usó del análisis social y político para conocer la viabilidad de esa esperanza. Pero sus últimas raíces fueron utópicas. Creía que Dios es el futuro de los pobres y que la buena noticia del reino de Dios se acerca a los pobres. Esto supuso que en cualquier posible situación del país, lucha política, social o armada, diálogo o posibilidad de insurrección, y en cualquier situación de la Iglesia, represión o catacumbas, buscase las posibilidades de los pobres.

4) Mons. Romero mantuvo la esperanza a pesar de las dificultades en su contra. En lenguaje cristiano mantuvo la esperanza contra esperanza. Pero al mantener esa formulación utópica consiguió que la esperanza no degenerase en pura euforia ni menos aún en resignación. Mantuvo la esperanza que se mantiene en último término de la misma praxis del amor en favor de los pobres, y no sólo de sus resultados inmediatos. Mantuvo la esperanza en la supremacía del amor, de la justicia y de la verdad porque creyó desde la cruz de Cristo y a pesar de la cruz en las posibilidades de la resurrección.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"

5) Mons. Romero creyó desde Dios en un reino para los hombres y en los hombres del reino. La perfecta adecuación entre persona y sociedad es utópica. Pero Mons. Romero no rompió esa tensión, ni en favor de un individualismo asocial ni de un societarismo despersonalizante. Propició por ello los cambios estructurales necesarios y el cultivo explícito del hombre nuevo, veraz, generoso, humilde.

Mantener estos principios históricamente no es cosa fácil. No es fácil ni que cada uno de los valores enunciados: justicia, reconciliación, esperanza, hombre nuevo, sociedad nueva se lleven a cabo históricamente, y menos fácil es aún cultivarlos simultáneamente: justicia y reconciliación, esperanza y contra-esperanza, estructuras nuevas y hombres nuevos.

Sin embargo,Mons. Romero mantuvo estos principios utópicos y su simultaneidad. De esa forma se hacía presente Dios en la historia a la manera de Dios, moviendo a no pactar nunca con las limitaciones de la historia y a hacer que los principios positivos de la historia diesen más de sí.

Para Mons. Romero creer en el misterio del Dios transcendente fue algo que probablemente le fue dado con la vida misma, y por ello su fe fue tan verdad como la misma vida, y no necesitaba más justificación que el vivir. Pero en la propia historia de su fe fue aprendiendo hasta qué punto esa fe, por ser verdad, humaniza a la historia, es históricamente eficaz. Por ello desde esa fe sirvió al país y construyó la Iglesia. En esto tan fundamental sigue siendo para nosotros testigo privilegiado que confirma nuestra propia fe, y modelo ejemplar que la Iglesia debe proseguir en su misión.

Conclusión.

La Iglesia salvadoreña necesita de la fe de Mons. Romero. Y mientras sienta su necesidad va por buen camino. Es señal de que Mons. Romero sigue presente. No otra es la intención del análisis que hemos ofrecido en este trabajo: hacer sentir la necesidad de Mons. Romero, que su recuerdo nos siga cuestionando y sobre todo animando.

La Iglesia salvadoreña sigue en el camino pascual por el que ha transitado durante los últimos años, sigue bajo el signo de la cruz y con la esperanza que proviene de esa cruz. La generosidad, la persecución y la sangre de tantos cristianos han calado hondo en esa Iglesia, y sus frutos permanecen. También la tentación se le ha hecho presente. Pero esta Iglesia tiene más que suficientes recursos para superarla. Con S. Pablo puede decir que está apaleada, pero no doblegada.

Su futuro sigue siendo difícil, sin embargo. Para mantenerse fiel en el camino tendrá que sacar energía de donde siempre la han sacado los cristianos: de la mirada puesta en Cristo crucificado y en el pueblo crucificado de la historia que sigue haciendo presente a Cristo. Sólo de esa mirada surgirá también la esperanza, la fortaleza y el amor.

Así lo vio Mons. Romero. Para su misión sacó fuerza del pueblo, "un pueblo —como él dijo— que empuja a su servicio a quienes hemos sido llamados para defender sus derechos y para ser su voz" (18.11.1979).

Y sacó fuerza del pueblo porque lo amó. "Como pastor estoy obligado por mandato divino a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños" (marzo, 1980).

Notas

1. Mons. Romero: Mártir de la liberación. Análisis teológico de su figura y su obra, ECA, marzo-abril, 1980, pp. 253-276.
2. Tomado de "Los cristianos ante la insurrección del pueblo salvadoreño", 1o. de enero, 1981.
3. Más por extenso hemos desarrollado la dimensión profética de Mons. Romero en Monseñor Romero: Profeta de El Salvador, ECA, octubre-noviembre, 1980, pp. 1001-1036.

San Salvador, marzo de 1981.

Digitalizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."
Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas"